

claro y fluído, que atrapa al lector y lo motiva a continuar de un solo golpe hasta el final. Consta de nueve capítulos, cada uno de ellos por demás interesante; los dos iniciales consisten en los antecedentes de la población. El primero se titula "Guayangareo: geografía y antecedente prehispánico" y, como su nombre lo indica, comprende dos importantes aspectos: uno consiste en las características geográficas locales, brevemente expuestas; el otro trata la ocupación indígena, referente tanto al primer milenio de nuestra era, como a los tiempos del posclásico, previos a la conquista del territorio; es decir, entre los siglos XIV y XV. El segundo particulariza en los antecedentes de ubicación española; se titula "La estancia de Guayangareo", propiedad de Gonzalo Gómez, quien fue copartícipe de la conquista de Michoacán, y es considerado el primer peninsular con interés de establecerse en el sitio. El autor se refiere a la mínima autarquía creada por este sevillano, que contó con tierras para ganado, además de su huerta y viñedo, casa, molino, batán, telares, horno, curtiduría, y hasta una modesta iglesia. Aquí recibía a los viajeros que pasaban de México a Guadalajara o a Pátzcuaro. Uno de ellos fue el virrey Antonio de Mendoza, quien en el año de 1540 quedó gratamente complacido con el lugar y "las bondades del valle", cualidades que le animarían a fundar, un año después, la nueva ciudad.

Los cuatro siguientes capítulos corresponden a los cuatro nombres con que se conoció a la ciudad durante la época colonial; cada uno de ellos identificado con un diferente proyecto de población. El título del tercero de ellos es "La nueva ciudad de Michoacán"; trata de la fundación de la actual Morelia, con el nombre que había ostentado Tzintzuntzan como capital civil y sede del obispado, el mismo que fue otorgado a Pátzcuaro, al trasladarse la sede catedralicia, pero para distinguirla de sus predecesoras, se le agregó el calificativo de "nueva". Las razones que los europeos interesados argumentaron para el cambio fueron la geografía del lugar y la tradicional ocupación indígena en la zona lacustre; así trataron de fundamentar el planteamiento de una nueva ciudad, que fuese asiento de los poderes civiles y eclesiásticos. No olvidemos, además, la necesidad de congregar a los naturales y que los españoles contaran con una ciudad

para ellos, motivos importantes de las fundaciones urbanas de la Corona. Sin embargo, a ese proyecto se oponía radicalmente Vasco de Quiroga, quien hizo todo lo posible por acabar con ese intento e incluso, al ver consolidada aquella idea gracias al apoyo del virrey Antonio de Mendoza, luchó hasta el cansancio, logrando que dicha población fuese degradada, convirtiéndola en pueblo de Guayangareo.

El capítulo IV lleva por título “El pueblo de Guayangareo”. En él el doctor Herrejón narra las condiciones desalentadoras que vivieron los pobladores, una vez notificados de la degradación de su ciudad a la categoría de pueblo (en 1555), en virtud del desacuerdo de Vasco de Quiroga y su insistencia en la defensa de Pátzcuaro ante la Corona española. Al mismo tiempo, refiere los apoyos recibidos de parte del virrey mismo, así como las primeras gestiones para el cambio de sede del obispado a esta ciudad, en lo que mucho tuvo que ver el obispo Morales de Molina, poco afín a las ideas quiroguianas.

En el V capítulo, llamado “La ciudad de Guayangareo”, el autor destaca el empeño y la incansable lucha de los guayangarenses por recuperar su rango y contar con una ciudad episcopal, esfuerzo que se vio compensado con la bula que daba lugar al traslado de silla del obispo, de Pátzcuaro a esta población que, a partir de entonces, en 1571, sería la ciudad de Guayangareo. Herrejón Peredo pone de manifiesto las contradicciones en los motivos que los vecinos argumentaban para el cambio y los conceptos que se manejaron para su autorización. En realidad, se procuraba una ciudad de españoles, con categoría de capital, alejada de la zona lacustre de Pátzcuaro, por el peso significativo de la presencia indígena. Sin embargo, paradójicamente, una de las razones para conceder el traslado fue la posibilidad de un trabajo más eficiente en cuanto a “una mayor conversión de los indios”.

“La ciudad de Valladolid”, es el tema del VI capítulo, y trata de una ciudad reivindicada que, a partir de 1578, se fortalece notablemente con motivo de la autorización del traslado de los poderes civiles y eclesiásticos, que conllevaron el interés de muchos españoles por avecindarse en la ciudad capital; incremento poblacional que dio un impulso considerable al comercio local. Herrejón explica la dotación

de tierras como un factor importante de atracción para los allegados, tanto indígenas como españoles, pues estos últimos, a fin de cuentas, también vivían en forma dispersa. Aborda el tema de la propiedad de las tierras, identifica a un buen número de los titulares, incluso anota sus antecedentes familiares y da cuenta de la tenencia anterior de las mismas. Por último, enfatiza que fue a la Iglesia a quien se debió el fortalecimiento de Valladolid, ciudad que fue creciendo “en torno a los altares”, de tal suerte, menciona que su “conservación y aumento... se debían preferentemente a su calidad episcopal y levítica, mientras que su estancamiento y riesgo de acabarse obedecían a la falta de indios y de prestancia civil”.

La afirmación del autor acerca de la necesidad imperante de mano de obra, especialmente a raíz del traslado de la catedral, da origen al tema del VII capítulo, correspondiente a la consolidación de la ciudad, y es titulado “La congregación de Valladolid”. En este sentido, refiere la conveniencia de la concentración de naturales, para la Corona española, con el fin de lograr un mejor control político-administrativo y mayor facilidad en el adoctrinamiento. Pero al mismo tiempo, valora a la congregación que se llevó a cabo en la ciudad como el factor de su integración definitiva. “fue un paso importante en la conformación de una sociedad más compleja...en adelante habría muchos más indios nacidos y criados en la española Valladolid”. A partir de entonces el problema sería la tierra, motivo de atracción para la expansión y el sustento de los pobladores, y consecuentemente de pleitos entre todos ellos y el Ayuntamiento de la ciudad.

Una vez consolidada la fundación de la ciudad y con el privilegio de ser la sede de los poderes civiles y eclesiásticos de Michoacán, el autor se aboca a exponer los problemas originados por la expansión misma. “El pleito y el engaño” es el nombre correspondiente al VIII capítulo, y se refiere, precisamente, a la lucha por la posesión de la tierra que ya para el siglo XVIII se había intensificado, debido al notorio crecimiento de la urbe, la invasión de los ejidos y las haciendas del entorno. Del sonado pleito aparentemente saldrían avantes los hacendados, ante la falta de documentos suficientes de su opositor, el Cabildo Municipal. Sin embargo, justamente cuando el problema

estaba en álgido punto, aparecieron “milagrosamente” tres cédulas reales”, una de la reina Juana (1537), otra de Carlos V (1545), y la última de Felipe II (1609), y tres mandamientos virreinales, todos relacionados con los asuntos de los ejidos y constituían, precisamente, documentos legales para su solución. Dichos documentos, a pesar de su falsedad, fueron tomados como verdaderos y contribuyeron a reafirmar la capitalidad definitiva de Michoacán tras su largo enfrentamiento con Pátzcuaro; pero, al mismo tiempo, fueron factor de confusiones y de errores de muchos historiadores que, al darlos por verdaderos desde antaño, los tomaron como sustento de sus escritos sobre la ciudad. De tal suerte, aquella invención tuvo efectos antagónicos: por un lado, como afirma el autor, “coadyuvó a establecer la capitalidad definitiva de Michoacán”; más por el otro, generó un “nudo gordiano” que, por fortuna, se ha empezado a disolver, con la aclaración del origen de dichos documentos. Así, el trabajo de Herrejón Peredo, aclara muchas dudas gracias al amplio sustento en numerosas y ricas fuentes de información: documentos inéditos, tanto de archivos relativos a la administración civil como religiosa, locales y foráneos, además de valiosa bibliografía, principalmente regional, pero sin dejar de lado aquellas referentes a espacios territoriales más amplios, que competen a algún asunto de la ciudad.

El último capítulo se enfoca al análisis de las diferentes versiones que han emitido, a través del tiempo, distintas personas interesadas en relatar la historia de la ciudad, tema que, en cierta medida, complementa el capítulo anterior. Se refiere a escritos de la época virreinal, a cronistas religiosos, a los autores del siglo XIX y principios del XX; así como a estudios recientes. De las principales obras, coloniales o contemporáneas, hace un análisis objetivo de las fuentes de información; destaca sus aportaciones o, en su caso, señala sus desaciertos.

De esta manera, en los primeros capítulos el autor lleva a cabo un rescate; mientras que al final, realiza un examen. Desentraña la memoria de la historia urbana, para luego abocarse al análisis de lo escrito por numerosos antecesores en el tema. Precisamente en

desentrañar el verdadero origen de nuestra ciudad, fundamentado sobre bases sólidas, consiste una de las mayores aportaciones del trabajo de Herrejón Peredo; en demostrar la falsedad de las cédulas “reales”, a través de un concienzudo análisis de los documentos, que permite acabar con un mito de siglos. De esta manera, además de los antecedentes de la Ciudad de Michoacán y los sonados pleitos con Quiroga, explica los objetivos españoles de su fundación; además, sigue de cerca y detalladamente, los conflictos que vivieron sus pobladores, los obstáculos para el desarrollo de la población; las esperanzas en los logros, así como los desengaños; los problemas por la tierra y su sustento legal, la necesidad de la activación del comercio y las dificultades ocasionadas por la falta de mano de obra.

Con relación a la primera edición, el índice se ve enriquecido con la presentación de la hábil pluma de Juan Carlos Ruiz Guadalajara y con tres índices: onomástico, de imágenes y de mapas. La estructura de la obra es la misma, solo que en la primera edición, el aparato crítico se incluía al final de cada capítulo, lo que hacía incómoda su consulta, mientras que en la nueva se encuentra al pie de cada página. El número de los capítulos no varía, siguen siendo nueve en total y, en términos generales se reimprimen igual, pero el contenido de dos de ellos sí se modifica. En la versión original, el primer apartado se tituló “Guayangareo prehispánico” y consta de unas cuantas páginas; mientras que en la segunda edición se denomina “Guayangareo: geografía y antecedente prehispánico”. En su contenido, el autor actualiza y fortalece la información, al incluir valiosos datos sobre la etapa prehispánica de la zona, que fueron fruto de recientes investigaciones arqueológicas, principalmente de Efraín Cárdenas, publicadas el año de 1999; es decir, 8 años después de que salió a luz la primera edición del libro que nos ocupa. Igualmente, el capítulo III difiere, aunque en menor grado, con información más amplia.

Una novedad importante de la nueva edición consiste en la inclusión de 54 ilustraciones y ocho mapas. Las primeras son de variada índole: planos, fotografías panorámicas, personajes, documentos, y objetos prehispánicos, así como exteriores o interiores de edificios. Los segundos incluyen a la región, sus ejidos,

encomiendas, pueblos del entorno incluidos en el repartimiento laboral de esta ciudad, y los obligados a la congregación de 1601-1603, así como los barrios de Valladolid en 1619.

El libro del Dr. Carlos Herrejón se inscribe en el ámbito de la historiografía regional; es decir, de la microhistoria. Debemos mencionar que sobre Guayangareo- Valladolid-Morelia han escrito un vasto número de interesados en legar memoria de ella: desde los visitantes del siglo XVI, hasta los más prestigiados investigadores de nuestro tiempo. Cada uno de ellos ha dejado en su testimonio su particular visión, acorde, ésta, al interés que motivó su escrito. Empero, si bien es cierto que no es el primer libro sobre nuestra ciudad, sí es el único que, hasta ahora, aborda el tema específico de los orígenes de Morelia, en forma ampliamente fundamentada, desde su fundación, hasta su consolidación.

Los orígenes de Morelia: Guayangareo-Valladolid, es una obra aportativa, que enriquece notablemente la historiografía regional que, además, a lo largo de su desarrollo, va abriendo nuevas vetas para investigaciones posteriores; pues el autor, al exponer, indica hasta donde ha llegado el conocimiento de los diferentes temas, y cuáles son objeto de estudios más amplios. De esa manera, contenido y presentación son dignos de una sincera felicitación para el Dr. Herrejón Peredo, así como para el Colegio de Michoacán y el Frente de Afirmación Hispanista, asociación ampliamente conocida por su noble labor en pro de la cultura y el arte. El esfuerzo realizado de manera conjunta, ha hecho posible el rescate de un aspecto relevante del acontecer histórico de nuestra ciudad.

Carmen Alicia Dávila Munguía

Museo de Arte Colonial, Instituto Michoacano de Cultura
Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad
Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

